

cer á Dios el sacrificio de sus vidas, y pasó lo restante del día recitando con ellos el santo oficio y otras oraciones, y departiendo sobre la vida eterna. Al día siguiente, apenas se hubo despertado, les dijo: « Amados compañeros míos, hoy es el día del Señor. Si estuviéramos en libertad, celebraríamos ú oiríamos todos la misa, pero pues que no podemos tener esa dicha, unámonos al sacrificio ofrecido en este momento por algún ministro de Jesucristo. Es muy probable que esta será nuestra última misa, y que no la diremos ya sino en el cielo: todo nos anuncia que este es nuestro último día. » Hincanse en el mismo instante todos sus compañeros de rodillas, y el presbítero Royer empieza á recitar las oraciones del misal: el fervor y la fe con que todos las repitieron, íntimamente persuadidos de que lo hacían por la vez postrera, les suministraban recíprocamente el ejemplo mas eficaz para escitarlos á arrostrar con valor el martirio. Ocuparon lo restante del día en otros santos ejercicios, relativos, casi todos, á las críticas circunstancias en que se hallaban aquellos cautivos de Jesucristo, cuando, á cosa de las tres de la tarde, oyeron el ruido de la matanza que empezaba en un patio inmediato á la sala en que ellos estaban encerrados. Levántase al punto Royer de su silla, y les dice: « Amados hermanos míos, en este instante está dando la hora de nuestra muerte: confesémonos todos mutuamente: ya no hay remedio para nosotros. » Inmediatamente se confiesan unos á otros, y todos ruegan al digno

cura que les dé una absolucion general: de pié en medio de ellos, con su continente patriarcal, alza sus miradas al cielo y les da la bendicion que le piden. Aun estaban todos postrados á sus pies, alzando las manos al cielo y ofreciendo unánimemente sus vidas al Señor, cuando entraron furiosos los asesinos en la estancia en que se hallaban. El venerable cura es el primero á quien arrastran al patio: interpelado por aquellos monstruos para que preste el juramento *cívico* si quiere evitar la muerte, rehúsale con tanta serenidad como heroísmo. Ya tenían levantados los sables para cortarle la cabeza, cuando les dijo: « ¿De qué vais á castigarme, hijos míos? ¿Qué os he hecho? ¿Qué he hecho á la patria, cuyos vengadores os titulais? El juramento que no he podido prestar, nada le costaría á mi conciencia y le prestaría en este mismo momento, si fuera, como suponeis, puramente *civil*. Yo soy tan obediente como vosotros á las leyes, de las que creis ser los ministros. Que me dejen exceptuar del juramento que me proponeis todo lo que respecta á la religion, y le pronunciaré con gran placer y nadie le observará mas fielmente que yo. » Coge entonces el mas feroz de la cuadrilla al santo pastor por el cabello, le derriba sobre un poste y le abre la cabeza de un sablazo: otro en seguida separa del tronco aquella cabeza sagrada. » (*Los Mártires de la fe*, por el presbítero Guillon.) Aun los mismos filósofos llamaban al presbítero Royer, *el amigo de Dios y de los hombres*.

Otro compañero del presbítero Royer murió como él: oigamos como refiere este suceso el *Almanaque de las personas honradas*¹, impreso en París, ¿quién lo creyera? en 1793 (le tenemos á la vista): « José Maria Gros, cura de San-Nicolas-du-Chardonnet, diputado de la Asamblea Constituyente, pastor que profesaba á sus feligreses la ternura de un padre hácia sus hijos, habiendo reconocido á uno de aquellos entre sus verdugos, le dijo: « Te conozco, amigo mio. — Ya lo creo, le respondió el antropófago, y yo tambien me acuerdo que me habeis servido en varias ocasiones. — ¡ Buen pago me das! — ¿ Pues y qué he de hacer? repuso el verdugo: la culpa no es mia: la nacion lo quiere así, y la nacion me paga. » Dicho esto, hizo el canibal una seña á sus camaradas, quienes asieron entre todos al venerable sacerdote y le tiraron por la ventana: sus sesos se esparramaron sobre el empedrado, y sus miembros palpitaron algunos minutos. Despues de su muerte se abrió su testamento por el que legaba todos sus bienes á los pobres de su parroquia. »

En el otro extremo de la Francia revolucionaria: « El presbítero Pacquot, cura de la diócesis de Reims, era por sus muchos años el decano de la cristiandad, al paso que la santidad de su vida, generalmente reconocida, le habia grangeado el título de *el santo sacerdote*. Su mas vivo deseo era termi-

¹ *L'Almanach des honnêtes gens.*

nar su carrera derramando su sangre por la fe, y Dios accedió á sus ruegos: — cuando entraron de improviso los asesinos en su oratorio, le hallaron arrodillado, terminando el oficio de los agonizantes. Entregóse á ellos como un discípulo de Jesucristo á sus verdugos; atravesó, bajo su escolta, las calles de la ciudad, rodeado de sus sanguinarias aclamaciones, y recitando muy sosegadamente los salmos de David. Llegado que hubo á la casa del ayuntamiento, iba ya á recibir el golpe mortal, cuando el *maire*, creyendo haber hallado el medio de sustraerle á la muerte, sale gritando á los malvados: — ¿ Qué vais á hacer? Ese anciano no es digno de vuestra cólera: es un infeliz que está loco, á quien el fanatismo ha hecho perder el seso. — No, señor, dijo el venerable decano al oír aquellas palabras, ni estoy loco, ni soy un fanático: hágame vm. el gusto de creer que nunca he tenido mas espedito que en este momento al uso de mi razon. Esos señores me piden un juramento decretado por la asamblea nacional: yo conozco ese juramento: es impio, subversivo de la religion. Esos señores me proponen que escoja entre el juramento y la muerte: yo detesto ese juramento, y escojo la muerte. Paréceme, caballero, que bien demuestro de este modo que estoy en mi juicio, y que sé lo que me hago. — El magistrado, atónito al oír aquella sublime respuesta, tiene que abandonarle á los asesinos; pero M. Pacquot hace una señal con la mano, y todos se detienen. — ¿ Quién de vosotros, les dice, me dará el golpe

mortal? — Yo, responde uno de aquellos malvados. — ¡Ah! repuso M. Pacquot, permita vm. que le abrace y que le manifieste mi gratitud por la ventura que va á proporcionarme. — Abrázale en efecto como á su mas amado bienhechor, y añade : — Permita vm. ahora que me ponga en la postura conveniente para ofrecer á Dios mi sacrificio. — El asesino queda suspenso : M. Pacquot, de rodillas, pide perdón á Dios en alta voz por sí y por sus verdugos. El infame á quien habia abrazado descarga el primer hachazo : cae el santo sacerdote ; luego los otros verdugos le acribillan á porfia á sablazos y bayonetazos, mostrando con su barbarie lo que puede la rabia de la impiedad, así como M. Pacquot habia mostrado, con su valor y su mansedumbre, á lo que alcanza el heroismo de la virtud sostenido por la religion. »

« En Autun, habiendo sido preso por el populacho el cura del pequeño seminario de Clermont, el *maire*, que queria salvarle, le aconsejó, no que prestase el juramento, sino que permitiese á lo menos que se dijese al pueblo que le habia prestado. — Si lo hace vm., le dijo el cura, yo le desmentiré en presencia del pueblo : no me es licito salvar mi vida á costa de una mentira. El Dios que me prohíbe prestar ese juramento me prohíbe tambien hacer creer que le he prestado. — Calló el *maire*, y el cura fué martir. »

Los mas humildes curas de aldea, magnánimos en aquella época, merecian tambien tener los mas ilus-

tres y valerosos amigos. Digalo, sino, esta página de las excelentes *Memorias de Campenon sobre Ducis*¹ : « Las primeras persecuciones fueron para él un golpe terrible, pues recayeron sobre los objetos mas amados que le quedaban ya en el mundo, sus amigos, y principalmente M. Lemaire, cura de Roquencourt, pueblecillo á media legua de Versailles, que ya, en el verano de 1792, se vió arrebatado á sus feligreses, y poco despues llevado de carcel en carcel por orden de la junta revolucionaria de Versailles. Habia nacido en el mismo pueblo y en el mismo año que M. Ducis, y desde su infancia habian vivido en la mas estrecha é inalterable amistad. A la primera noticia de aquel terrible suceso, M. Ducis olvida sus sesenta años, deja su retiro de Marly, donde ocupaba una casita, va á pie á Versailles, se dirige inmediatamente al cuartel de guardias de corps, que acababan de convertir en carcel, prueba todos los medios de ver á su amigo, que estaba preso en ella, y, viendo la inutilidad de sus instancias y de sus súplicas, pónese en camino, tambien á pie, para Roquencourt ; llama á la puerta del presbiterio², donde halla á una criada anciana anegada en llanto ; se apodera de ella, hace que le siga el perro del buen cura ; lleva á aquellos dos fieles servidores á

¹ El poeta lírico y dramático, refundidor de Shakespeare. — N. del T.

² Ya hemos dicho en una nota anterior que así se llama en Francia la casa habitacion del párroco, comunmente contigua á la iglesia. — N. del T.

Marly, y no los deja hasta despues de haberlos instalado en su casa; desde allí vuelve, siempre á pie, á Roquencourt, se pone de acuerdo con algunos aldeanos, cuyo afecto á su pastor le es notorio, y, ayudado por ellos, hace trasportar, y transporta él mismo, con mucho sigilo y de noche, todo lo que puede salvar del menage del presbiterio. Al dia siguiente, y en los sucesivos, da nuevos pasos para obtener que le dejen entrar en la carcel, pero siempre en vano: recorre todo Versailles solicitando á los pocos amigos que le han dejado las calamidades de los tiempos: ¡súplicas vanas! Dó quiera halla ó buena voluntad sin crédito, ó la autoridad sin benevolencia. Hacen entre tanto pasar al desgraciado sacerdote á ocho cárceles sucesivas, sin abatir la paciencia del cautivo, sin desanimar la perseverancia de su amigo, que no desiste, en fin, sino en vista de la *orden formal* que recibe de hacerlo así; y he aquí la carta que contenia esta orden: « *Miércoles por la mañana.* — En vano se afanarán los hombres, amigo mio; nunca sucederá mas que lo que Dios disponga. Por mi parte, estoy pronto á la partida: la vida que paso hace seis semanas no es tan dura como tú crees. Mi corazón goza aquí una paz completa; duermo bien; imploro á Dios por tí, por mi, y le bendigo, porque me ha dado un amigo cristiano, cuyo valor me ha conmovido profundamente, — porque todo lo he sabido.

« Pon coto ya á tu celo, amigo mio: bastante has hecho ya. No turbes mi sosiego con cuidados por tí,

te le ruego, y, si es preciso, *te lo mando.* Si Dios me llama á su seno por este camino, habré conocido, merced á tí, las mayores dulzuras de la vida y de la muerte. Adios, amado Ducis: suceda lo que suceda, nos volveremos á ver: adios, sométete, y no me contestes. »

« ¡Qué lucha tan noble entre aquella animosa amistad y aquella amistad resignada! Este es el caso de decir con Lafontaine:

« ¿Cual de ellos ama mejor?

« ¿Qué te parece, lector? »

«Hasta pasado el 9 termidor no se abrió la prision de aquel venerable sacerdote, y M. Ducis fué el primero que le anunció que ya estaba en libertad.

«Nada he inventado, nada he hermoseedo en esta narracion. Casi todos estos pormenores están sacados de la noticia que puso M. Ducis al frente de su *Epistola al cura de Roquencourt.* Yo he visto en casa de M. Ducis la mesita y el sillón que llevó de Roquencourt, y que su amigo le obligó á conservar... »

El primer cura de la nueva provincia de Argel, el presbítero Suchet, sobrino del célebre mariscal de este nombre, acaba de revelar á la Francia un verdadero grande hombre mas. « Ya nos teneis en Argel, escribe á su amado *Saturnino* de Tours, ya nos teneis reducidos á la condicion de los misioneros de la China ó de los desiertos de la América. Reclamó

en particular vuestra proteccion para nuestra pobre iglesia naciente de Constantina. No tengo mas paños ni ornamentos que los que traje de Francia, no tengo ni cruz, ni candelabros, ni viril, ni pilas, ni nada. Mi cruz y mi crucifijo de marfil, que he puesto sobre el altar, y mi preciosa estatuita de la Virgen, que me dieron las buenas señoras del Refugio, que he colocado sobre un fragmento de una columna de marmol blanco, forman el mas bello ornato de nuestra pobre iglesia. He deseado que esta nueva y primera iglesia de Constantina se pusiese bajo la advocacion de nuestra *Señora de los Dolores*, y el señor obispo acaba de consagrarla bajo el dulce nombre de *Maria*.

« ¡Oh! ¡cuan poderosos seremos con una protectora tan grande, con una patrona tan buena!... Ya he restablecido el rezo del rosario todos los domingos despues de visperas : luego entonamos cánticos con nuestras buenas religiosas, con varios piadosos militares, y algunas escelentes esposas de oficiales. Los Arabes acuden en gran número á nuestras ceremonias... El domingo de Pascua, los grandes personajes del pais y de toda la estensa provincia de Constantina, con los caudillos del gran desierto de Sahara, se dieron cita en nuestra iglesia, y quedaron asombrados del bizarro porte de nuestros militares, de la música, y sobre todo de las vestiduras con que dije la santa misa. Escucharon con suma atencion el breve discurso que pronuncié, como si le hubieran entendido : hablé mucho de ellos, y los

intérpretes les tradujeron perfectamente mis palabras; lágrimas de júbilo derramaban besándome las manos. Querian que les esplicase qué era aquella cruz de *Sidnaïsa* (Jesucristo), aquella pequeña estatua de *Lela Marien* (Nuestra Señora), luego el confesonario, la pila bautismal, el altar, etc., y á todas mis esplicaciones respondian *melih bezzef* (muy bueno), *Allah iazekoum* (¡ámenos Dios!...)

« Ahora nos preparamos á celebrar pomposamente, y sobre todo santamente el mes de Maria en Constantina. Nuestros hermosos cánticos de Francia resonarán bajo las bóvedas de una mezquita católica, la música de los regimientos se unirá á la nuestra, y nada enfin nos faltará, ni aun la asistencia de nuestros judios, que se volverán *bendecidos* sino *santificados*. Si vuestras buenas almas de Tours tuviesen un momento de buena inspiracion, se escotarian para enviarnos una *Virgen* y un *camino de la Cruz*; el corto número de cristianos de la pobre iglesia de Constantina, igualmente que su pobre pastor, lo celebrarian en el alma.

José Mercado

Indice.

| | pag. | |
|--|--|------|
| - Advertencia del Grad. | V. | |
| - El poder y la forma del mejor libro | IX | |
| - Precedente especial del autor | XVII. | |
| - Magnificencia de la dignidad nacional del sacerdote | 1. | |
| - Magnificencia del sistema de filosofía y de enseñanza del Sac. | 33. | |
| - Grandexa histórica del sacerdote en particular | 51. Examen de la grandexa y de la especie de divinidad de los Apóstolos. - - - - - | 79. |
| SII. Examen de la grandexa y de la beneficencia históricas de los Sob. Pont. | - - - - - | 95. |
| SIII. Examen de la grandexa y de la magnificencia históricas de los Cardenales de la Igl. Romana | - - - - - | 127. |
| S. IV. Examen etc. del Episcopado | - - - - - | 131. |

